

SERMON MORAL

SOBRE LA

INDIFERENCIA EN RELIGION, COMO FUNESTA AL INDIVIDUO.

(PARA EL DOMINGO TERCERO DE CUARESMA.)

*Si non venissem, et locutus fuisset eis,
peccatum non haberent; nunc autem ex-
cusationem non habent de peccato suo.*

Si Yo no hubiese venido ni les hubiese
hablado, no tendrían pecado; pero ahora
no tienen excusa.

(JOANN., cap. xv, vers. 22.)

Cuando el pueblo hebreo, privado de Profetas y extinguida su dinastía, sujetára á Roma su ominosa cerviz, sin esperanza de sacudir el yugo del despotismo extranjero, un hombre extraordinario por su penitencia, su bautismo y sus palabras, empieza á recorrer las montañas de Judea y á excitar la admiracion universal: era Juan Bautista. La bárbara esclavitud en que el pueblo gemia, la pérdida del cetro de David, el cumplimiento próximo de las semanas de Daniel, la aparicion repentina de Juan, hicieron impresion en el espíritu de los sábios de aquella república, y sospecharon que acaso este hombre singular podia ser el Mesías, de quien esperaban victorias, laureles, libertad y glorias. Para cerciorarse, envian una solemne embajada, encargada de inquirir las cualidades de este personaje. «¿Quién eres tú?» le dicen. «Yo no soy el Cristo, contesta Juan, ni soy Elías, ni soy el Profeta; y para que podais responder á los que os envian, sabed que yo soy el anunciado por Isaías, aquel que debe preparar los caminos del Señor y anunciar su llega-

da; y aunque me veis bautizar, debéis comprender que mi bautismo es de simple agua, pero ya teneis entre vosotros á uno, que no conoceis; ese es el que debe venir despues de mí, y ha sido engendrado ántes de mí; y yo no soy digno de desatar la correa de su zapato, y Él ha de bautizar en Espíritu Santo y en fuego.»

¡Cosa extraña, amados míos! Al poco se deja ver Jesus, quien despues de haber recibido el testimonio de Juan, público y auténtico, y el testimonio del cielo, que en voz clara, inteligible y sobrenatural lo declaró por Mesías y ungido, recorre la Judea, obrando prodigios, curando leprosos, apaciguando tempestades, resucitando muertos, tratando con benignidad á los pecadores, y enseñando á todos con tanta unción del Espíritu Santo, que sus mismos enemigos confesaron á despecho que ninguno habia hablado jamás como Él. Y, en efecto; en la escuela de Jesus todo respiraba santidad, respeto al templo, veneración al sacerdocio, obediencia á los superiores, amor á Dios y caridad al prójimo; confesaban los sábios de la Sinagoga que los pecadores no habian hecho jamás milagros: veian que Jesus los hacía, veian que no podian presentarse á Jesus sin admirar aquella humildad y modestia unidas á una majestad sobrehumana, aquel candor, aquella sabiduría, aquella inocencia que respiraba Jesus y descollaba en todas sus obras, y, sin embargo, mientras el pueblo adora á este Jesus, unas veces proclamándolo por Cristo Hijo de Dios, otras recibéndole en triunfo, y siempre confesando que es el Profeta esperado, estos mismos sábios dicen que Jesus es un malvado, que tiene pacto con el demonio, y que es enemigo de Dios.

¡Ah! ¡En qué errores se precipita el espíritu humano! ¿Eran acaso excusables estos hombres? No; y lo prueba el mismo Jesus con estas palabras: «Si Yo no hubiese venido ni les hubiese hablado, tendrían excusa; pero

ahora no tienen excusa de su pecado.» Y así es; si estos sábios hubiesen examinado con sinceridad y despreocupación la doctrina de Jesus, lo habrían reconocido por el Profeta que anunciara Moisés en el *Deuteronomio*; mas lo veían todo superficialmente; no penetraban el espíritu de su mismo sagrado código; no tenían ideas fijas ni en su dogma ni en su moral; interpretaban los mandatos del cielo, no segun las tradiciones proféticas, sino segun sus miras particulares; veían con indiferencia la opresión del huérfano y de la viuda, la profanación del templo, la rapiña y la inmoralidad, crímenes que ocultaban bajo apariencias de virtud; no cifraban su religión sino en abluciones, en apariencias, y en presentarse al santuario con frente altiva, con fausto y vanidad; no tenían otro celo que el de buscar é indagar vidas ajenas para castigar é imponer un yugo que se guardaban muy bien de tocar ellos ni aún con la punta de su dedo; en una palabra, la religión de estos hombres consistía en prácticas y ritos, en que pudieran parangonárseles el sabio de Atenas, ó sacerdote del Capitolio; eran indiferentes en dar á Dios un culto verdadero ó un culto fingido, en profesar la verdad ó la mentira. Así es que, llenos éstos de orgullo y vanidad, deseosos de honores y ansiosos de riquezas, no podían examinar con sinceridad las acciones y palabras de Jesus, ni reconocerlo por el Mesías, por tener sus entendimientos y corazones depravados y corrompidos, efecto funesto de la indiferencia con que miraban el cumplimiento exacto de la ley divina. *Si non venissem, etc.*

Con las delineaciones de este triste cuadro podeis comprender el objeto que voy á dilucidar. La indiferencia condujo á los fariseos al deplorable extremo de no ver la tersa luz de la verdad, y estos mismos efectos produce en los hombres de nuestra edad malhadada, siendo ellos mismos la causa de su propia ruina; en una

palabra: la indiferencia en seguir las máximas religiosas es funesta al individuo; verdad incontestable, que os demostraré, si el cielo por vuestras oraciones se digna robustecer mi flaqueza. Para ello os suplico saludeis á la Reina del cielo con las palabras del ángel.

AVE MARÍA.

Es un principio de fé el confesar que el hombre es libre; ó, para hablar con precisión y evitar cavilaciones capciosas, la razon y la fé nos enseñan que hay en el hombre una potencia racional é indestructible de abrazar ó desechar cuanto su entendimiento le sugiera en el órden moral, sea bueno ó malo en sí, sea perjudicial ó provechoso al individuo; y este poder es tan robusto, que ningun agente criado puede destruirlo, ni áun el mismo Dios puede coartarlo, por haberlo así irrevocablemente dispuesto su Providencia: esta potencia es el libre albedrío, y á sus impulsos se precipita el hombre hasta el abismo, ó bien, ayudado de la gracia, se encumbra hasta el cielo; es el libre albedrío, y con él, aunque contradigan la fé, la razon y las leyes, aunque se vea el hombre encadenado y entre mazmorras tenebrosas, puede perpetrar en su alma los más horrendos crímenes; puede ser adúltero, ladrón, homicida, sacrílego, ambicioso y soberbio; es el libre albedrío, y por él, favorecido de la gracia y prevenido por ella, puede ser constante en la fé, firme en las adversidades y heróico entre los horrores de la misma muerte, aunque el mundo le proscriba y los tiranos le condenen á potros y caballetes, á hogueras y espadas; en una palabra: hay en el hombre una facultad de indiferencia para practicar la virtud ó el vicio, pero es necesario que se atenga á sus

consecuencias y sepa que él sólo es el autor de sus desgracias. No es ésta la indiferencia que combato, pues entónces mis ataques serian contra Dios, y no contra los hombres; pues Dios enriqueció al hombre con esta indiferencia ó libertad, lo uno, para que tuviésemos derecho de justicia á la gloria, en la cual Dios corona sus dones al premiar nuestros méritos; y, lo otro, para salir victorioso en el juicio que de él hace el impío condenado, y quedar justificado en sus palabras.

Se dirigen, pues, mis ataques contra el abuso que hacen los hombres de esta prerogativa; porque, no nos engañemos: el hombre nace para buscar la verdad y nutrirse de ella como del alimento de su alma; éste es su instinto, ésta es su tendencia natural, y desde el primer vagido de la infancia hasta el último suspiro que exhala al borde del sepulcro, todos sus anhelos son por encontrar la verdad y la felicidad, que es su compañera inseparable. Esto supuesto, si pudiesen darse dos verdades igualmente infalibles y realmente distintas por su procedencia de dos principios eternos, podria el entendimiento humano adherirse indiferentemente á una ú otra, sin perjudicarse á sí mismo; pero siendo esto imposible segun la fé y la razon, y procediendo toda verdad igualmente de Dios, como de su único origen, el hombre no puede ménos de abrazarla sin agradar al cielo, ni puede contradecirla sin ser un rebelde á su Criador y ocasionarse su propia ruina. Mas ¿qué ruina? No os diré que el hombre indiferente se condena él mismo al infierno, pues en este siglo no quieren los hombres oír hablar de este dogma terrible de la Religion; pero ya que la indiferencia de nuestros dias constituye la felicidad humana en esta vida, os diré que en esta misma vida el hombre indiferente es un ente desgraciado, cuyo entendimiento racional se alimenta de mentiras; y cuyo corazon no puede tener paz ni felicidad: infortunio espantoso y el más ter-

rible que puede acaecer al hombre racional y espiritual. Oídme con atencion.

Es evidente que el entendimiento humano no encuentra toda la perfectibilidad de que es susceptible, ni en los objetos sensibles, ni en la vanidad, ni en las riquezas, ni en los honores; á pesar suyo, y aún cuando ciegamente quiere marchar por la noche tenebrosa del error, le persigue una centella de luz, y oye resonar en el santuario de su alma una voz que lo agita sin cesar, que le quita el reposo y acibára sus placeres: «Tu perfeccion, le dice, no está en este mundo; tu dicha no está en la materia corruptible; la posesion de un bien infinito es tu fin, la rectitud en tus operaciones son los medios para alcanzarlo;» y de aquí cae necesariamente el hombre en una consecuencia necesaria é inevitable, que le dice la existencia de un Dios que premia y castiga para siempre, la espiritualidad é inmortalidad de su propia alma, destinada á goces eternos ó á eternos tormentos. Nadie se atreva á negar este principio infalible, pues se acreditará de más bárbaro y grosero que los idólatras, quienes, aún en su degradacion, profesaban la doctrina de los Campos Eliseos y del cruel Tártaro; lugares donde los unos eran felices, los otros desdichados, segun las obras que hicieron en esta vida. Y aquí está, no lo dudeis, toda la perfeccion del alma: saber lo que es Dios, conocer lo que es ella misma, para amar á Aquél como á objeto de perfecciones infinitas y de eterno amor, y salvar á ésta del naufragio eterno en que pudiera envolverla su indiferencia en amar y servir á este Dios; y esta dicha, esta adquisicion la tiene el entendimiento humano en su peregrinacion, pues sabemos que «ahora vemos á Dios como en un espejo y entre enigmas, para contemplarlo más tarde cara á cara;» sabemos que, «considerando la gloria de Dios, somos transformados de claridad en claridad, descubriéndonos cada vez más clara su esplendente luz, hasta que nues-

tro espíritu contemple sin deslumbrarse los resplandores de su esencia divina.» Todo lo que no sea conocer esta verdad, no pasa de ser mentira, error, vanidad y locura, en que el espíritu humano no puede encontrar su perfeccion y su bienestar moral.

Y, en efecto, amados míos: examinad conmigo las ideas que tenian sobre estos dos puntos los sectarios del error y los filósofos del paganismo, y vereis demostrada mi asercion. ¡Qué caos tan horrendo no envolvía el entendimiento de aquellos hombres! Inventen los pueblos cuantas falsedades les sugiera un espíritu depravado; propalen errores los más groseros, que ninguno dirán que no haya sido enseñado por aquellos filósofos que pretendieron dogmatizar segun las opacas luces de la razon. Nadie de vosotros ignora que los conocimientos sobre la ciencia divina eran tan absurdos en estos hombres, que, no sólo adoraban los astros del cielo, sino aún á las bestias feroces; llegando á tal extremo la locura, que se sembraban los dioses, pues no habia planta que no recibiese inciensos y adoraciones; de tal modo la propension al error habia oscurecido la razon natural, que demuestra al hombre la unidad de Dios eterno é indefectible, y la nada de las criaturas; y, en vista de esto, no es de admirar que la dignidad humana y la nobleza del alma fuesen desconocidas; no es de admirar que su sangre se ofreciese en libacion ante un ídolo de piedra, ó fuese entregada á las fauces de fieras, para que éstas la tragasen como á cosa propia y debida á su naturaleza divina; no es de admirar que unos pretendiesen que el mundo material era el Dios de cielos y tierra, que dijese que no habia vicios ni virtudes, que el bien y el mal en el orden moral eran invenciones quiméricas, y que los hombres eran como las fieras, que pueden devorarse unas á otras sin sentir el estímulo de la conciencia. No conociendo á Dios, tampoco podian saber la esencia del

alma, ni su origen. Así vemos por Ciceron que unos lo atribuian al fuego, otros al aire; éste la hacía inmortal, aquél perecedera, y, por fin, cada cual, como afirma San Justino, le daba su origen y destino, segun las pasiones de que se hallaba dominado: el epicúreo la hacía corruptible por no admitir las penas debidas á su vida obscena; el peripatético la inmortalizaba, porque no aspiraba sino á adquirir gloria y fama: ¿puede darse mayor degradacion del espíritu humano? ¿No conocer á Dios? ¿No saber distinguirse del bruto que ignora su origen, su esencia y el fin para que fué criado por Dios? Esto no obstante, si examinamos los escritos de aquellos hombres, los veremos rebosar en vanidad y soberbia. Ignorantes y orgullosos al mismo tiempo, no glorificaron á Dios, como afirma San Pablo, ni lo reconocieron por autor de todo el bien que el hombre tiene; así es que su entendimiento se oscureció, y cuando decian que eran sábios, se convirtieron en necios é ignorantes; y por haber mudado la gloria del Dios inmortal en semejanzas de hombres corruptibles, en simulacros de aves, de cuadrúpedos y reptiles, Dios los entregó á su propia reprobada sabiduría, y los hizo esclavos de las inmundas pasiones. ¿Y eran acaso excusables en sus errores? No, dice el mismo Apóstol; porque si tanto sabian que pudieran filosofar sobre este mundo, ¿cómo no conocieron á su Autor? No; porque no hicieron uso de las luces que tenian de Dios para conocerlo y adorarlo. Pero sigamos adelante.

Yo debo descubrir os en este dia un misterio de iniquidad, haciéndoos ver la desgraciada suerte de los hombres indiferentes en seguir la Religion verdadera. Llamo, con San Pablo, misterio de iniquidad esa resistencia de los herejes y filósofos, perpetrada sin rebozo contra la Verdad revelada; porque á no saber por la fé y la razon que el hombre tiene fuerza para resistir á toda luz divina, sería para nosotros incomprensible la obstinada pug-

na con que estos hombres han hostilizado la revelacion, ni podríamos comprender cómo el espíritu humano, naturalmente amigo de la verdad, puede conculcarla profesando el error. Y desde luégo no traeré á vuestra memoria la degradante previcacia de todos los herejes, pues es sabido que desde la cuna que la Religion en Jerusalem tuviera, empezó á verse vulnerada por espíritus fanáticos, ó, mejor diré, que su régia frente empezó á laurearse desde el principio con repetidas victorias, siendo los vulnerados, los heridos, los vencidos y derrotados aquellos que pretendían sojuzgar la fé bajo la balanza del raciocinio humano. Desde Corinto y Ebion hasta nuestros dias apenas ha habido un siglo sin herejes, y es cosa extraña que la herejía jamás se fraguó en los espíritus comunes y sencillos, sino en aquéllos que el mundo todo respetaba por la sublimidad de sus conceptos, por su dilatada erudicion y su profunda sabiduría. Tales eran los Arrios, los Macedonios, los Nestorios, los Eutiches y los Focios, con otros á quienes podíamos decir con San Pablo que no supiesen ni investigasen más de lo que convenia: *Non plus sapere, quam oportet sapere*. Eran sábios en el concepto de muchos, y lo eran mucho más en su propio juicio; y semejantes á los príncipes y agoreros de Egipto, se preciaban de dar á Faraon consejos contra el Dios de Israel; pero apenas concibieron el error, Dios, como afirma Isaías, derramó en medio de ellos el espíritu de vértigo, desapareció toda su ciencia, y los que ántes creian y obraban conforme á la verdad, no obraron ya sino conforme al error. Y en prueba de ello, inútil es decir que estos hombres, que ántes profesaban la unidad de doctrina, sabiendo que no podia admitirse un dogma sin profesar todos los demás, luégo confesaban uno y negaban otro, incurriendo en las inconsecuencias más groseras. Inútil es decir que aquellos sábios permitian los vicios y obscenidades que detestáran los mismos filó-